

Taller, Laboratorio y Capacitación
Director : Sam Kerson

Las Téoulères, France
Del 26 junio hasta el 26 julio, 2009

Dragon Dance Theatre
exploring visual and performing arts since 1976

OVIDIO

METAMORFOSIS

<http://www.sepeap.org/archivos/libros/literatura/Siglo%20I%20ac%20%20-%20Publius%20Ovidius%20Naso%20-%20Metamorfosis.pdf>

Libro Octavo

Erisicton y su hija

725

Había acabado y a todos la cosa había conmovido, y su autor,
a Teseo principalmente; al cual, pues los hechos oír quería
milagrosos de los dioses, apoyado sobre su codo el calidonio caudal,
con tales cosas se dirige: "Los hay, oh valerosísimo,
cuya forma una vez movido se ha, y en esta renovación ha permanecido;
730

los hay que a más figuras el derecho tienen de pasar,
como tú, del mar que abraza a la tierra paisano, Proteo.
Pues ora a ti como un joven, ora te vieron un león,
ahora violento jabalí, ahora, a la que tocar temieran,
una serpiente eras, ora te hacían unos cuernos toro.

735

Muchas veces piedra podías, árbol también a menudo, parecer;
a veces, la faz imitando de las líquidas aguas,
una corriente eras, a veces, a las ondas contrario, fuego.

Y no menos, de Autólico la esposa, de Erisicton la nacida,
potestad tiene. Padre de ella era quien los númenes de los divinos
740

despreciara y ningunos olores a las aras sahumara.

Él, incluso, un bosque de Ceres, que violó a segur
se dice, y que sus florestas a hierro ultrajó, vetustas.

Se apostaba en ellas, ingente de su añosa robustez, una encina,
sola un bosque; bandas en su mitad y memorativas tabillas

745

y guirnaldas la ceñían, argumentos de un voto poderoso.
A menudo bajo ella las dríades sus festivos coros condujeron,
a menudo incluso, sus manos enlazadas por orden, del tronco
habían rodeado la medida, y la dimensión de su robustez una quincena
de codos completaba; y no menos, también, la restante espesura,
750

en tanto más baja toda que ella estaba, cuanto la hierba debajo de este todo.
No, aun así, por esto su hierro el Triopeio de ella
abstuvo, y a sus sirvientes ordena talar su sagrada
robustez y, como a los así ordenados que dudaban vio, de uno
arrebata su segur, emitió, criminal, estas palabras:
755

“No dilecta de la diosa solamente, sino incluso si ella pudiera
ser la diosa, ya tocará con su frondosa copa la tierra.”
Dijo y, en oblicuos golpes mientras el arma balancea,
toda tembló, y un gemido dio la Deoia encina,
y al par sus frondas, al par a palidecer sus bellotas
760

comenzaron, y sus largas ramas esa palidez a tomar.
En cuyo tronco, cuando hizo su mano impía una herida,
no de otro modo fluyó al ser astillada su corteza la sangre,
que suele ante las aras, cuando un ingente toro como víctima
cae, de su truncada cerviz crúor derramarse.
765

Quedaron atónitos todos, y alguno de todos ellos osa
disuadirle de la impiedad e inhibirle su salvaje hacha bifronte.
Le miró y: “De tu mente bondadosa coge los premios”, dijo
el tésalo, y contra el hombre volvió del árbol el hierro
y destronca su cabeza, y, volviendo a buscar la robustez, la hiere,
770

y emitido de en medio de su robustez un sonido fue tal:
“Una ninfa bajo este leño yo soy, gratísima a Ceres,
quien a ti, que los castigos de estos hechos tuyos te acechan,
vaticino al morir, solaces de nuestra muerte.”
Prosigue la atrocidad él suya, y oscilando finalmente
775

a golpes innúmeros, y reducido con cuerdas el árbol,
sucumbe y postró con su peso mucha espesura.

“Atónitas la dríades por el daño de los bosques y el suyo,
todas las germanas ante Ceres, con vestiduras negras,
afligidas acuden y un castigo para Erisicton oran.

780

Asiente a ellas y de la cabeza suya, bellísima, con un movimiento,
sacudió, cargados de grávidas mieses, los campos
y le depara un género de castigo digno de compasión, de no ser
porque él era para nadie digno de compasión por sus actos:
lacerarlo con la calamitosa Hambre. A la cual, en tanto que ella misma,
785

la diosa, no ha de acceder –pues no a Ceres y Hambre
los hados reunirse permiten–, de las de numen montano a una,
con tales palabras, a una agreste oréade, apela:

“Hay un lugar en las extremas orillas de la Escitia glacial,
triste suelo, estéril –sin fruto, sin árbol– tierra.

790

El frío inerte allí habitan y la Palidez y el Temblor,
y la ayuna Hambre: que ella a sí misma en las entrañas se esconda,
criminales, del sacrílego, ordénale, y que la abundancia de las cosas
no la venza a ella, y supere en certamen a mis fuerzas;

y para que del camino el espacio no te aterre, coge mis carros,
795

coge, a quienes con sus frenos en lo alto gobiernes, mis dragones.”

Y los dio. Ella, con el dado carro sostenida por el aire,
deviene a Escitia, y de un rígido monte en la cima
–Cáucaso lo llaman– de las serpientes los cuellos alivió,
y a la buscada Hambre vio en un pedregoso campo:

800

con sus uñas, y arrancando con los dientes unas escasas hierbas,
basto era su pelo, hundidos sus ojos, palor en la cara,
labios canos de saburra, ásperas de asiento sus fauces,
dura la piel, a través de la que contemplarse sus vísceras podían,
sus huesos emergían áridos bajo sus encorvados lomos.

805

Del vientre tenía, en vez del vientre, el lugar; pender creerías
su pecho y que únicamente por el armazón del espinazo se tenía.
Había aumentado sus articulaciones la escualidez y de las rodillas henchíase
el círculo y en desmedida protuberancia sobresalían los tobillos.

A ella de lejos cuando la vio –pues no a acercársele junto

810

se atrevió– le refiere los mandados de la diosa, y poco tiempo demorada,
aunque distaba largamente, aunque ora había llegado allí,
parecióle aun así haber sentido hambre, y para atrás sus dragones
llevó a la Hemonia, tornando, sublime, las riendas.

Las palabras el Hambre de Ceres –aunque contraria siempre

815

de ella es a la obra– cumplió, y por el aire con el viento

a la casa ordenada descendió y en seguida entra
del sacrílego en los tálamos y a él, en un alto sopor relajado
–pues de la noche era el tiempo–, con sus gemelos codos lo estrecha,
y a sí misma en el hombre se inspira, y sus fauces y pecho y cara
820

sopla y en sus vacías venas esparce ayunos.
Y, cumplido el encargo, desierto deja, fecundo, ese orbe
y a sus casas indigentes, sus acostumbradas cuevas, regresa.

Lene todavía el Sueño con sus plácidas alas a Erisicton
acariciaba. Busca él festines bajo la imagen de un sueño
825

y su boca vana mueve y diente en el diente fatiga,
y cansa, por una comida inane engañada, su garganta,
y en vez de banquetes, tenues, para nada, devora auras.
Pero cuando expulsado fue el descanso, se enfurece su ardor por comer
y por sus ávidas fauces y sus incendiadas entrañas reina.

830
No hay demora, lo que el ponto, lo que la tierra, lo que produce el aire
demanda y se queja de sus ayunos con las mesas puestas,
y entre los banquetes banquetes pide y lo que para ciudades,
y lo que bastante podría ser para un pueblo, no es suficiente a uno solo,
y más desea cuanto más al vientre abaja suyo,

835
y como el mar recibe de toda la tierra las corrientes
y no se sacia de aguas y peregrinos caudales bebe,
y como robador el fuego ninguna vez alimentos rehúsa
e innumerables troncos crema, y cuanto provisión mayor
le es dada, más quiere y por su multitud misma más voraz es:

840
así los banquetes todos de Erisicton la boca, el profano,
acoge, y demanda al mismo tiempo: alimento todo en él
causa de alimento es, y el lugar queda inane, comiendo.

Y ya de hambre y por la voráGINE de su alto vientre
había atenuado sus riquezas patrias, pero inatenuada permanecía
845

entonces también su siniestra hambre y de su inaplacada gola
seguía vigente la llama; al fin, tras abajarse a las entrañas su hacienda,
una hija le quedaba, no de ese padre digna.

A ella también la vende indigente: un dueño, noble ella, rehúsa,
y, vecinas, tendiendo sobre las superficies sus palmas:

850
“Arrebátame a mí de un dueño, el que los premios tienes de la virginidad
a nos arrebatada”, dice; esto Neptuno tenía,

el cual, su súplica no despreciada, aunque recién vista fuera
por su amo que la seguía, su forma le renueva y un semblante viril
le inviste y de atuendos para los que el pez capturan aptos.

855

A ella su dueño contemplándola: "Oh quien los suspendidos bronce
con un pequeño cebo escondes, moderador de la caña", dice,
"así el mar compuesto, así te sea el pez en la onda
crédulo y ningunos, sino clavado, sienta los anzuelos:
una que ora con pobre vestido, turbados los cabellos,

860

en el litoral este se apostaba, pues apostada en el litoral la he visto,
dime dónde esté, pues no sus huellas más lejos emergen."
Ella, que del dios el regalo bien paraba, sintió, y de que por sí misma
a sí le inquirieran gozándose, con esto replicó al que le preguntaba:
"Quien quiera que eres, disculpa: a ninguna parte mis ojos

865

desde el abismo este he girado, y con ardor operando, en él estaba prendido.
Y por que menos lo dudes, así estas artes el dios de la superficie
ayude, que ninguno ya hace tiempo en el litoral este,
yo exceptuado, ni mujer se ha apostado alguna."

Lo creyó, y vuelto su dueño el pie, con él hundió la arena,

870

y burlado partió: a ella su forma devuelta le fue.

Mas cuando sintió que la suya poseía unos transformables cuerpos,
muchas veces su padre a dueños a la Triopeide la entregó, mas ella,
ahora yegua, ahora pájaro, ora vaca, ora ciervo partía,
y le aprestaba, ávido, no justos alimentos a su padre.

875

La fuerza aquella, aun así, de su mal, después que hubo consumido toda
su materia, y había dado nuevos pastos a su grave enfermedad,
él mismo, su organismo, con lacerante mordisco a desgarrar
empezó, e, infeliz, minorándolo, su cuerpo alimentaba.

"¿A qué demorarme en extraños? También para mí, la de muchas veces renovar
880

mi cuerpo, oh joven, fue en número limitada, mi potestad:
pues ora el que ahora soy parezco, ora me giro en sierpe,
de la manada ora el dirigente, mis fuerzas en los cuernos asumo...
Cuernos mientras pude. Ahora esta parte otra carece del arma
de la frente, como tú mismo ves." Gemidos siguieron a esas palabras